

salvar los pecadores, porque ellos están en peligro de perdición.

«Dios quiera hacerte sentir tu peligro espiritual, tan vivamente como has sentido tu estado de naufragio, y entonces como San Pedro el pescador, tú dirás á Jesus: «¡Señor, sálvame, yo perezco!» y Él te contestará: «¡Por qué has dudado?» te tomará en la barca, y el viento cesará.» Mateo 14, 30-32.

El pequeño Luis pareció comprender, y cuando le ofrecí un pequeño Evangelio donde se encuentra la historia del Señor Jesucristo, lo recibió con vivo reconocimiento, prometiendo aprender á leerlo y no dejarlo jamas.

MAÑANA.



aime, hazme el favor de cerrar la puerta del jardín,» dijo una madre á su hijo.

«Luego, madre,» dijo Jaime, que estaba leyendo un cuento.

Jaime concluyó su lectura, y despues fué á cerrar la puerta; pero entre tanto habian entrado los cerdos, y destruido mas de lo que se podia remediar en dos meses.

«Jaime, aprende tu leccion ahora,» le dijo en otra ocasion.

«Luego, madre;» respondió aquel, que estaba haciendo un cometa.

Se concluyó el cometa, pero nunca se aprendió la leccion. El próximo dia Jaime perdió su puesto en la clase y despues su premio.

Lo que era Jaime de niño, lo fue despues como hombre.

Era su intencion sacar *mañana* su dinero de un Banco del cual se decia no estaba seguro; pero ántes de *mañana* quebró el Banco, y se perdió todo.

Tenia la intencion de *mañana* asegurar su casa y tienda, pero ántes de mañana se prendieron fuego, se quemaron, y él fue arruinado.

Cuán verdadero es el refran: «no dejes para mañana lo que se puede hacer hoy.»

Y si este *es verdadero* en las cosas de este mundo, ¡cuánto mas en las cosas que pertenecen al alma!

El hoy es nuestro; no sabemos si mañana amanecerá para nosotros.

«No te jactes del dia de mañana porque no sabes qué dará de sí el dia.» Prov. 27, 1.

«No sabeis lo que será mañana.» Santiago 4, 14.

Hoy Dios nos llama y nos ofrece perdon; *mañana* tal vez será demasiado tarde.

«Hé aquí *ahora* el tiempo aceptable, hé aquí *ahora* el dia de salud.» 2 Cor. 6, 2.

LOS MÚSICOS DE BREMA.

Un pobre labrador tenia un asno que le habia servido durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habian debilitado de manera que ya no servia para el trabajo. El amo pensó en desollarlo

para aprovechar la piel, pero el asno comprendiendo que el viento soplabá de mala parte, se escapó y tomó el camino de Brema.

«Allí,» dijo, «podré hacerme músico de la municipalidad.»

Después de haber andado por algún tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

«¿Por qué ladras así, camarada?» le dijo.

«¡Ah!» contestó el perro, «porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día y no puedo ir á casa. Mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para buscar la vida?»

«No tengas cuidado,» repuso el asno; «yo voy á Brema, para hacerme músico de la ciudad, ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré la trompa y tú tocarás los timbales.»

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino con una cara tan triste, como si estuviese lloviendo ya por tres días.

«¿Qué tienes viejo bigotudo?» le dijo el asno.

«Cuando está en peligro la cabeza no tiene uno muy buen humor,» respondió el gato; «porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he

salvado con tiempo; pero ¿qué he de hacer ahora? ¿á dónde he de ir?»

«Ven con nosotros á Brema, tú entiendes muy bien la música nocturna y te harás como nosotros músico de la municipalidad.»

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral, encima de cuya puerta había un gallo, que cantaba con todas sus fuerzas.

«¿Por qué gritas de esta manera?» dijo el asno.

«Estoy anunciando el buen tiempo por la última vez,» contestó el gallo.

«¿Cómo? ¿Por la última vez?» preguntó el gato curioso.

(Se concluirá.)

A LA MUERTE DE JESUS.

1.



eres tú el que, velando
La excelsa majestad en nube
ardiente

Fulminaste en Siná? Y el ímpio bando
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

2.

Más ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado;
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida
En amargo suspiro das la vida.

3.

Así el amor lo ordena,

LOS MÚSICOS DE BREMA.

(CONCLUSION.)

«Sí,» dijo el gallo, «porque tengo que morir pronto. Como mañana es domingo, hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasión ha dicho á la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfacción, viendo que respiro todavía.»

«Cresta roja,» dijo el asno, «vente con nosotros á Brema; en cualesquier parte encontrarás una cosa algo mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.»

Agradó al gallo la propuesta, y echaron á andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día á la ciudad de Brema; al anochecer pasaron por un bosque, donde decidieron pasar la noche.

El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol grande; el gato y el gallo ganaron su copa y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro.

Antes de dormirse, cuando paseaba sus miradas hácia los cuatro vientos, le pareció ver á lo lejos como una luz, y dijo á sus compañeros, que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguía bastante claridad.

«Siendo así,» contestó el asno, «desalojemos y marchemos de prisa hácia

este lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.»

A lo cual añadió el perro:

«En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.»

Se dirigieron hácia el punto de donde salía la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron á una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el más grande de todos, se acercó á la casa y miró dentro.

«¿Qué ves, rúcio?» le preguntó el gallo.

«¿Qué, veo?» dijo el asno; «una mesa llena de manjares y de botellas, y al rededor los ladrones, que según parece no se dan mal trato.»

«¡Qué buen negocio sería ese para nosotros!» añadió el gallo.

«De seguro,» repuso el asno; «¡ah si estuviéramos dentro!»

Comenzaron á idear un medio para echar de allí á los ladrones, y al fin lo encontraron.

El asno se puso debajo, colocando sus piés delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato.

Colocados de esta manera, comenzaron todos su música á una señal convenida. El asno comenzó á rebuznar, el perro á ladrar, el gato á maullar y el gallo á cantar; después se precipitaron por la ventana dentro del

cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos.

Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entónces los cuatro compañeros se sentaron á la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes. Apénas hubieron concluido los cuatro instrumentistas apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme á su gusto.

El asno se acostó en el estiércol, el perro detras de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga; y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Despues de media noche, cuando los ladrones vieron desde léjos que no habia luz en la casa y que todo parecia tranquilo, les dijo el capitán:

«No hemos debido dejarnos derrotar de esa manera.» Y mandó á uno de los suyos que fuese á ver lo que pasaba en la casa.

El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina, y fué á encender la luz; cogió una pajueta y como los brillantes ojos del gato le parecían dos ascuas, acercó á ellas la pajueta para encenderla; mas como el gato no entendía de bromas, saltó á su cara y le arañó bufando. Lleno de horrible miedo corrió nuestro hombre, para huir hácia la puerta, mas el perro que estaba echado detras de ella, se tiró á él, y le mordió una pierna; cuando pasaba por

el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno, miéntras el gallo despierto con el ruido, gritaba: «¡quí quí ri quí!» desde lo alto de la viga.

El ladron corrió á toda prisa hácia donde estaba su capitán y le dijo:

«Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto á la puerta se halla un hombre armado de un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un mónstruo negro, que me ha aporreado con los golpes de su mazo, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba: «¡Traédmele aquí, traédmele aquí, delante de mí!» por lo que he creído debía huir.

Desde entónces no se atrevieron los ladrones á entrar mas en la casa, y los cuatro músicos de Brema se hallaban tan bien en ella, que no quisieron abandonarla. Y si no han muerto viven aun hoy.

NÚMEROS 21, 4-9.

La médica serpiente que en la vara,
Imitada en metal, tan varias gentes,
Con oculta virtud, con fuerza rara,
Mordidas preservó de otras serpientes,
Hoy símbolo y emblema se declara
De Vos, Señor, que en una cruz pen-
dientes
Los miembros, dais remedio en forma
humana
A los mordidos de la sierpe anciana.

F. DE QUEVEDO VILLEGAS.